

Concilio Plenario Venezolano

Cuando salga este artículo ya habrá tenido lugar la primera sesión del Concilio Plenario Venezolano (CPV), inaugurado el domingo 26 de noviembre, festividad de Cristo Rey, y desarrollado desde el lunes 27 al viernes 1 de diciembre.

Escribo el jueves 9 de noviembre. ¿Cómo se llega al concilio? Empezó con una convocatoria a todos los católicos del país e incluso a todos los venezolanos interesados en el papel de la Iglesia en la situación actual. En una segunda fase la participación transcurrió por los cauces de las parroquias, arciprestazgos y diócesis. Finalmente, la redacción de los tres documentos de trabajo que se llevan a esta sesión se debió a tres obispos con los equipos que ellos eligieron. El resultado es que algunos van al concilio preparados y motivados, la mayoría van porque los convocaron y la generalidad de la Iglesia apenas está enterado o no lo está en absoluto.

Ante esta situación, caben dos posibilidades. La primera es prolongar la dirección metodológica previa, es decir (tras un día de intercambios abiertos que no den lugar a cambios operativos) repartir por grupos de trabajo a los trescientos participantes con la consigna de que el jueves a medio día a más tardar están fundamentalmente redactados los documentos para que la asamblea los conozca y queden aprobados antes de dispersarse. Esta opción metodológica lleva a que como fruto del concilio se saque un libro, sin una discusión a fondo de ningún tema. Si se sigue este camino el concilio nace muerto. Ni los curas lo llagarán a leer, mucho menos el resto de los cristianos. Será

un documento sin sujeto, nadie se sentirá comprometido con él.

La segunda posibilidad es comenzar preguntándonos cuál es nuestra realidad como Iglesia, como cristianos. Si somos lo que Dios quiere que seamos y lo que pide la situación. Cuáles son los nudos problemáticos que tenemos que desatar para convertirnos personalmente y reformarnos institucionalmente. Sólo si somos capaces de reconstituir el cuerpo eclesial, existirá un sujeto real que se hará cargo de lo que debe ser hoy una evangelización profética o más generalmente nuestra contribución a la gestación de una nueva sociedad.

Si se quiere plantear realmente el problema de si somos cristianos y nuestra Iglesia es la que Dios quiere, ello exige tiempo, tiempo abierto. Por tanto, el objetivo de esta primera sesión no podría ser ya aprobar tres documentos sino plantear al menos dónde estamos realmente como cristianos e Iglesia. Tal vez de ahí salgan algunos criterios evangélicos de evaluación, es decir, el horizonte trascendente en el que Dios quiere que vivamos, y alguna indicación de por dónde iría nuestra conversión y nuestra reforma institucional. Estos dos aspectos se concluirían en la sesión siguiente y ya, desde este punto firme de arranque, se podría avanzar en decir algo medular sobre algunos otros puntos.

Yo me daría por satisfecho si, sea cual sea la metodología adoptada, se llega a plantear realmente nuestro ser cristiano. No creo que lo decisivo sea sacar conclusiones sino levantar preguntas para que se las lleven puestas los participantes.

Reducido a lo mínimo ¿qué deseo que se plantee? El problema de la participación en nuestra Iglesia ligado al de la trascendencia de nuestro ser cristiano. Vivimos en una sociedad antiparticipativa. En nuestra Iglesia hay una minoría que participa bastante. Pero la participación no forma parte de su estructura. Estructuralmente la Iglesia son los curas, no el pueblo de Dios. En este punto medular no hemos aceptado al Vaticano II. No lo hemos aceptado por nuestra falta de trascendencia. Sólo en la medida en que nos vayamos haciendo hijos de Dios siguiendo a Jesús de Nazaret desde el Espíritu Santo de la solidaridad, nuestra Iglesia tendrá una configuración distinta a las otras del orden establecido. Los curas y los religiosos no se definirán como tales sino como cristianos que comparten con los demás la fe, el amor fraterno y la vida cristiana. El ser cristiano con los demás será lo que dé la pauta y permita que los servicios y carismas se realicen como tales y no como dominio ni acaparamiento.

El paso de la Iglesia como institución eclesiástica a la Iglesia como pueblo de Dios es la mayor contribución que podemos dar al país. Desde ese paso las demás contribuciones serán creíbles y autosustentadas. Si no se da este paso no existirá la Iglesia como sujeto real y cualquier propuesta que se haga será letra muerta.

Esperamos que cuando los sectores lean esto tengan la satisfacción de comprobar que por ahí fue realmente el concilio e incluso más allá.

PEDRO TRIGO S.J.
Director del Centro Gumilla